



El chasqueado comerciante consideraba perdidas las sesenta mil libras que con tanta audacia se le habian estafado, cuando supo que el ladron coronado residia en Paris. Al punto corre á ver al superintendente general de policia para acusar á su poco delicado deudor, y cuenta cuanto ha sabido en Alemania acerca de su conducta. El superintendente no osa comprometer su propia responsabilidad. Si se hubiera tratado de meter en la cárcel á las calladas á cualquier ciudadano honrado, para que se pudriera allí, no habria habido inconveniente, pues para eso se le pagaba; pero con un príncipe! con el heredero presuntivo de un trono! la cosa variaba de aspecto, y habia que consultarlo con los ministros. Reunidos estos en consejo, Choiseul queria que se echara tierra al asunto, y á todas las objeciones de sus colegas contestaba:

—Reflecionad que se trata de un príncipe, de un cuasi-soberano.

—Pues bien,—replicó San Florentin con impaciencia,—que vaya ese cuasi-soberano á robar á sus cuasi-súbditos. Demasiado desplumados son los del rey á la francesa, para dejar que se les desplume tambien á la rusa.

Esta salida le hizo tener mayoría, y firmó ántes de que se disolviera la junta, la orden de aprehender al príncipe y de llevarlo á la Bastilla.

El comisario encargado de la aprehension conocia perfectamente el hotel de España, al que llegó á las siete de la mañana, y comenzó por hacer custodiar todas las salidas. Luego, so pretexto de entregar al príncipe una comunicacion del ministro de relaciones exteriores que ecsigia pronta respuesta, penetró sin dificultad á una antesala que precedia al cuarto en que S. A. Curlandesa dormia al lado de una seductora jovencita, con quien se habia casado en Italia con la mano izquierda. En la antesala encontró el comisario á un ayudante y á un page.

—Es preciso que hable á S. A. en el acto,—les dijo.—Vengo de parte del ministro de.....

—Aunque viniérais de parte del papa,—respondió el ayudante,—no os recibiria el príncipe á estas horas.

—Estais equivocado: S. A. debe esperarme y aún haber dado orden de que se me reciba.

—Voy á tomar informes del gentil-hombre de cámara,—replicó el ayudante:—esperad aquí á que vuelva.

Apenas volvió la espalda cuando el comisario, esquivando la vigilancia del paje, corre al dormitorio, da vuelta á la llave, abre la puerta, y al entrar siente que lo estiran del vestido. Era el paje, que al oír el ruido de la llave se habia precipitado en su seguimiento, y que no pudiendo agarrarlo del cuerpo, la habia cojido de la ropa, que estiraba con todas sus fuerzas. Entre tanto el príncipe que habia despertado, brinca de la cama, al ver el rostro del comisario moviéndose en la penumbra de la puerta; pero la princesa de la mano izquierda, que habia despertado al mismo tiempo que él, y que cree en un peligro, intenta detenerlo y lo coje de las faldas de la camisa.

—No entraréis!—gritaba el paje.

—Carlos, en nombre de Dios, no te muevas!—decía la princesa.

Mas el príncipe, adivinando de lo que se trataba, estaba impaciente por soltarse, para echar al fuego ciertos papeles. El comisario por su parte, temiendo que se le escapara la presa que tenia en la mano, hace el último esfuerzo, y dejando en manos del paje una parte considerable de su traje, va á caer en los brazos del príncipe.

—En nombre del rey,—esclama,—os intimo que me sigais, advirtiéndoo que todas las salidas de la casa están custodiadas, y que los soldados tienen orden de hacer fuego contra todo el que intente escaparse.

—Y tambien es el rey quien os ha mandado meter tanto ruido sin qué ni para qué?... Callaos, pues, y apresuraos á estar tan tranquilo como yo. Supongo que me permitiréis vestirme.

—Oh! monseñor, una vez que estais dispuesto á obedecer al rey....

Mientras llegaba su ayuda de cámara, el príncipe sacó de una bolsa de su vestido una cajita, la abrió y vació el polvo blanco que contenia en un vaso, en el que echó agua.

—Monseñor!—esclamó el comisario,—no bebais eso.

—Por qué no? Os aseguro que es un remedio muy inocente.

—Es que eso se parece á....

—Pues bien, no lo tomaré.

Dichas estas palabras, tiró la bebida al fuego, é hizo tomar el mismo camino á la caja, destruyendo así la prueba muda, pero incontestable, de los actos que se le imputaban.

El ilustre personaje fué recibido en la Bastilla por el gobernador en persona, que se vanagloriaba de hacer los honores de su casa á un señor tan distinguido; se le dió el alojamiento mas cómodo: se le autorizó á hacerse asistir por un paje y dos lacayos; y M. de Sartine no pensó en mandarlo bajar á la sala del consejo para interrogarlo. En el cuarto del príncipe y con la urbanidad mas esquisita se efectuó esta formalidad. Ah! si como ya hemos dicho, se hubiera tratado de cualquier hombre honrado que hubiera querido descubrir los complots régiamente tramados contra el pueblo, habria sido bien diferente; pero un falsario de alto rango, un estafador casi coronado, no es verdad que merecia las mayores consideraciones? Oportuno es aquí decir que todos eran lobos de una camada. Ya se deja entender que el negocio no podia tener consecuencias trascendentales; se suplicó al príncipe que diera su palabra de que pagaria á Desmarests ántes de salir de Francia. S. A. prometió, no pagó, fué puesto en libertad, y pasó á buscar nuevos imbéciles á Inglaterra.

Esto pasaba en 1769, año fecundo para la Bastilla, en el que Mad. du Barry encerraba á los amigos del ministro conde de Choiseul, á quien detestaba, mientras Choiseul trataba del mismo modo á los amigos de la favorita que podia atrapar. No necesitaba mas que una palabra, un ademán, para ser encarcelado:

una sonrisa de la impura condesa provocaba el rayo que el ministro estaba siempre dispuesto á lanzar; así como una palabra favorable de este bastaba para que aquel á quien iba dirigida se quedara marcado á los ojos de la du Barry con el sello de la reprobacion. Un día se le ocurrió decir á M. Valcroissant, teniente coronel de dragones del rey, en una tertulia de la marquesa de Alloni, en que se hablaba de la favorita, que no le parecia nada extraordinario que estuviera el rey tan enamorado de ella, puesto que era á la vez bonita, de talento y de buen corazon.

—Os ha hecho algun favor?—preguntó riéndose Mad. de Alloni.

—Esta mañana, sin ir mas léjos, he ido á darle las gracias por un beneficio que ha conseguido para mi hermano el abate, y he besado una de sus primorosas manos.

Se habló luego de otras cosas: Mr. de Valcroissant se retiró á eso de las doce; y no se habia alejado veinte pasos de casa de la marquesa, cuando un inspector de policia, seguido de cuatro ecseutos, lo saluda y le declara que lo aprehende en nombre del rey.

—Y de qué demonios puede acusarme el rey, cuando nunca he dejado de servirlo bien?

—No me han encargado de deciroslo,—contestó el inspector.

—Demontre! seria curioso que me aprehendieran por haberle besado la mano á Mad. du Barry!

—Pardiez! no afirmo yo que sea por tal motivo; pero en vuestro lugar, no lo andaria charlando.

El teniente coronel pasó ocho dias en la Bastilla, perdiéndose en conjeturas acerca de la causa de su detencion, pues no podia persuadirse de que los favores de la condesa se convirtiesen en crímenes para los que los recibian. El noveno día fué el superintendente general de policia á tomarle declaracion.

—No os envié á Córcega el duque de Choiseul?—le preguntó el magistrado.

—Se me encargó en efecto de una mision para el general Paoli, hace cinco años, y la desempeñé á satisfaccion del ministro.

—Y habeis sido recompensado?

—Se me ascendió á mi vuelta á teniente coronel de dragones.

—Y os habeis hecho por agradecimiento enemigo del duque?

—Enemigo yo de M. de Choiseul?... Esa es una horrible calumnia. Siempre he sido admirador de sus talentos, y nunca he dejado de estar dispuesto á servirlo.

—No negueis la verdad. Formábais parte de la pandilla de los enemigos del ministro que se reunen por lo regular en casa de la marquesa Alloni, que se dice parienta de Mad. du Barry, aunque no lo es. Vos conspirábais, intrigábais, pediais beneficios para vuestro hermano y el empleo de brigadier de los ejércitos del rey para vos.

—Con mil diablos!—esclamó el teniente coronel.—No queria creerlo; pero la

cosa me parece ahora bien clara: estoy en la Bastilla por haberle besado la mano á una muger bonita.

—No me falseis!

—Vos sois, señor, quien falta aquí á vuestra dignidad de magistrado, haciéndoos instrumento de venganzas tan miserables; pero os advierto que os saldrán á la cara: todo Paris, toda la Francia sabrá el motivo de mi detencion.

—Olvidais que quien está en la Bastilla no puede hacer saber nada á Paris ni á la Francia, y que el mejor partido que aquí se puede tomar es reflexionar y enmudecer.

El interrogatorio no pasó adelante. M. de Valcroissant sabia ya por qué estaba preso; pero ignoraba cuando recuperaria la libertad. Pensaba sin embargo, que la causa de su detencion era demasiado fútil para que se atrevieran á prolongarla contra toda razon y contra toda justicia. Un año trascurrió empero, sin que al parecer se acordaran de él. Se le habia valuado en diez libras, y puéstosele en un cuarto decente; pero no tenia medio alguno de correspondencia exterior, y las reclamaciones que dirigia al gobierno quedaban sin respuesta. Por fin, un día le anunció el mayor que el monarca se habia contentado con desterrarlo á Provenza.

—Oh! no cabe duda,—esclamó,—que el monarca no sabe por qué estoy aquí.

—El monarca lo sabe tan bien como vos, y os prohíbe hablar sobre el particular. Teneis que escribir que vais á someteros al destierro que tan justamente habeis merecido; que contraeis el compromiso solemne de no hablar nunca del asunto que os ha originado esta desgracia; y que no saldreis de Provenza, vuestro país natal, sin permiso del rey.

Indignése M. de Valcroissant; pero sabia ya como se burlan los poderosos de la libertad de los hombres: sabia que otros presos, tan inocentes como él, llevaban veinte años y mas de gemir en aquella espantosa prision. Escribió, pues, y firmó la declaracion que se le escigia, dándose de santos de respirar á ese precio el aire libre, y de dejar de oír el ruido de los cerrojos.

El coronel de La Tour du Pin, conde de Gouvernet, aprehendido al mismo tiempo, fué tratado casi en iguales términos, no por haber besado la mano de la du Barry, sino al contrario por haber dirigido al rey una esposicion sobre el estado de la hacienda y las economías que era indispensable hacer, si no se queria sumergir á la Francia en un abismo sin fondo. Proponer economías equivalia á decir: romped con vuestras queridas; pagad ménos caro á vuestros aduladores. El rey, que estaba de buen humor aquel día, leyó la esposicion, y se burló del autor con su favorita, diciendo:

—Ese pobre Gouvernet se ha vuelto loco.

La favorita no olvidó el dicho y lo repitió al conde de San Florentin, suplicándole que quitara de enmedio á un hombre tan peligroso, con cuyo objeto habló el ministro con Sartine, superintendente general de policia, quien le dijo:

—Una vez que el rey se ha reido de la esposicion, preciso será buscar otros

cargos. Por ejemplo, el coronel ha estado el año pasado en Holanda y en Inglaterra, donde ha gastado mucho dinero, y se puede dar á ese viage el carácter de conspiracion.

—Teneis plenos poderes para darle el que gustéis.

El día siguiente fué aprehendido el conde de Gouvernet y llevado á la cárcel de la calle de San Antonio. No se le tomó declaracion ni se le quiso decir la causa de su encarcelamiento. El hastío que no tardó en apoderarse de su ánimo, lo postró en cama, y entónces se le devolvió la libertad, prohibiéndole volver á presentarse en la corte, y mandándole volver á su regimiento cuanto ántes.

Cuesta en verdad trabajo comprender que una nacion en que se veía con tal desprecio la justicia, haya podido resistir por tanto tiempo á todos los elementos de disolucion encerrados en su seno. Por desgracia no hemos llegado al término de esas saturnales monárquicas.

XVII.

Epigramas y caricaturas.—Un abate portugués.—El procurador fiscal y el fraile.—Dumouriez en la Bastilla.—Lo que puede la fuerza de voluntad.

El carácter frances es de tal naturaleza, que mientras mas peligro habia en atacar á la favorita, mas fuertes é incesantes eran los ataques. Por todas partes llovian caricaturas y epigramas: en vano se apiñaba en la Bastilla á los impresores, á los vendedores, á los presuntos autores de esas producciones, cada día mas numerosas; y lo mas curioso del caso es que tanto los versos y grabados dirigidos á Luis XV, como los relativos á su querida, llegaban siempre á su destino por medio de una mano invisible, que no se lograba descubrir. Sucedió entre otros lances que habiendo regalado el duque de Aiguillon á la condesa un magnífico carruaje en muestra de su agradecimiento, por haber obtenido del rey que se desglosaran los documentos que perjudicaban al propio duque, de la causa que le formaba el parlamento, la favorita, muy contenta con el regalo, quiso servirse al punto del coche para ir al lado de su regio amante; y apenas